

á la retaguardia, que avanzaba en orden luego y á poco salía á la desbandada como los primeros, dejando siempre víctimas en la lucha empeñada, inútil por lo general. El desaliento se apoderaba de los ánimos y se buscaban entonces nuevos parajes de ataque. Y lo emprendían con nuevo ardor, convirtiendo manzanas enteras en hormigueros de gente que se batía cuerpo á cuerpo con el fuego, logrando apenas nada de la pelea...

El incendio avanzaba victorioso casi en toda la línea. Los esfuerzos eran vanos y el trabajo estéril. Las llamas adelantaban rápidas entre la infinidad de chorros de agua, como si se vigorizasen más y más con el líquido elemento, para escarnio del agua y los bomberos. Las llamas salvaban plazas, jardines, edificios, cementerios, obligando á retroceder á bomberos, soldados y ciudadanos, como ejército destruido, y castigando su retirada con una lluvia de carbones encendidos que les arrojaba por la espalda.

Aun dada aquella confusión espantosa, verificábanse actos de verdadero valor y de heroísmo cristiano.

En muchos puntos, entre las ruinas ardientes se veían las blancas papalinas de las hermanas de la Caridad inclinadas sobre los moribundos; turcos que se lanzaban á las llamas, reapareciendo con niños cristianos en los brazos; otros musulmanes, que ante una casa incendiada permanecían

inmóviles en medio de una familia cristiana presa de la desesperación, ofrecían friamente cien pesetas turcas á quien salvase un muchacho europeo que se había quedado entre los escombros; algunos recogían por grupos los chicos extraviados en las calles, atándolos con las bandas de los turbantes para que ninguno se perdiese, y restituirlos después á sus padres; otros ofrecían sus casas á los fugitivos semi-desnudos; y para dar, en fin, ejemplo de tranquilidad verdaderamente épica y de desprecio de los bienes terrenales, mientras la casa propia se quemaba, se dieron casos de turcos sentados en medio de las calles sobre tapices, fumando tranquilamente, y retirándose más allá á medida que el fuego se aproximaba, con suprema indiferencia.

Pero ni el heroísmo ni la sangre fría servían para nada contra aquella tempestad de fuego.

De cuando en cuando parecía que el incendio aplacaba sus vientos y calmaba su furia, mas pronto volvía el viento á soplar con mayor fuerza, y aquellas mil lenguas sangrientas agitábanse en vertiginoso culebrear otra vez, inclinándose con nuevo ímpetu, irguiendo sus puntas terribles é implacables como áspides venenosos que contaminaban cuanto á su marcha se oponía, con sordo estrépito y alargándose aquel continuo vomitar de flamígeras espadas, para herir nuevas víctimas en cada obstáculo que tropezaban en su carrera.

Las tiendas de petróleo se inflamaban en un segundo, abriendo los muros de las casas como granadas encendidas por chispa eléctrica; las detonaciones del gas eran seguidas de culebrinas aéreas cual centellas y exhalaciones en noche tormentosa, haciendo saltar fundidos en pedazos los deshechos tubos de plomo de las cañerías, regando el espacio con lluvia metálica, para evaporarse ó solidificarse sobre casas, y lo que es peor, sobre personas que sucumbían en el acto. La avalancha aumentaba por segundos, y á la lluvia de plomo sucedía lluvia de resinas de las maderas de las construcciones, y saltaban en mil astillas como fuegos artificiales, los altos minaretes y los pórticos de las galerías. Era un crujir, un arruinarse, una destrucción rabiosa producida á la par por un incendio, una inundación, un terremoto y un saqueo y una rapiña de un ejército victorioso ébrio del triunfo...

Nadie jamás vió ni soñó semejantes horrores.

La población parecía loca.

Por las calles de Pera en vertiginoso torrente agitábanse los habitantes en contorsiones violentas, parecidas á la demencia que invade los ánimos de los navegantes en el momento del naufragio.

Entre los destrozados muebles, bajo las espadas de los soldados, en medio de los robos de los ladrones, al lado de los latigazos de los policías,

á los piés de los caballos de los Bajás, oleadas inmensas de bomberos atravesaban corriendo y derribando cuanto encontraban, y familias italianas, francesas, griegas, armenias, pobres y ricos, mujeres y niños, ancianos y jóvenes, perdidos, desmemoriados, frenéticos, se buscaban unos á otros, llamándose á gritos y llorando á mares, sofocados por el humo y cegados por candentes pavesas. Cruzaban embajadores rodeados de su séquito y de criados cargados de papeles y libros; frailes que alzaban crucifijos sobre las cabezas de la multitud murmurando oraciones; turcas que conducían los más preciados objetos del harem; grupos de siervos inclinados bajo la pesadumbre de los despojos de las iglesias, de los teatros, de las escuelas, de las mezquitas; de cuando en cuando densa nube de caliginoso humo lanzada de improviso sobre el viento, sumergía todo en las tinieblas, creciendo el desconcierto y el terror.

Con el desastre, según es costumbre, se multiplicaron las legiones de bandidos de todos los países ocultos en Constantinopla, y que reunidos por compañías, puestos de acuerdo entre sí, haciendo su agosto disfrazados de señores, de soldados ó de mozos; con lo que entraban y salían á mansalva, correteando por todas partes y concurriendo separadamente á depositar el botín en Kassim-Bajá, y en Tataola. Los soldados los cazaban formando cordones y asaltándolos en patrullas, provo-

cándose sangrientas colisiones á cada instante.

Los bomberos, los criados y los aguadores, libertados de sus dueños, formaban bandas de bandoleros, y á la vista misma de las desoladas familias, cuyas casas ardían, interrumpían de pronto el trabajo poniendo á precio de oro su continuacion.

Los muebles amontonados en medio de las calles y custodiados por sus dueños, eran tomados por asalto por grupo de ladrones arma en mano y defendidos más tarde de otros asaltos de nuevos bandidos, trabándose un combate de barricadas. Turbas de fugitivos al encontrarse frente á frente en angostos pasos, se disputaban con feroz encarnizamiento la precedencia, dejando en el terreno muertos y heridos.

A las cuatro horas del incendio, era ya tal, que pocos se preocupaban de su hacienda, pareciéndoles bastante salvar la vida. Dos tercios de Pera ardían, y antes que las gentes desocupasen los lugares peligrosos, los sorprendían las llamas. Centenares de desventurados se arriesgaban á correr por una callejuela tortuosa con objeto de salir á campo raso; pero al revolver de una esquina, el huracan de humo y fuego los volvía atrás, cuando ya no era tiempo de buscar otra salida. Familias enteras, una entre otras de veintidos personas, se encontró en este caso, circundadas de fuego, y sucumbieron en estrecho haz, todos axfisados, quemados y carbonizados en el acto.

Presas de la desesperacion se refugiaban en las bodegas y en los sótanos, se precipitaban en los pozos y en las cisternas, se subían á los árboles, y despues de haber buscado inútilmente asilo en todos los rincones y por todos los sitios, desesperados y con la razon extraviada, salían á las calles é iban corriendo á precipitarse en las llamas.

Desde los parajes más altos de Pera, veíanse familias arrodilladas en las azoteas, con los brazos extendidos y las manos juntas pidiendo al cielo el socorro que ya no esperaban de la tierra. Veíanse correr por las alturas de las colinas, desparramándose por Galata y Top-hané, por Funduclú y los bajos cementerios, bandadas de individuos pálidos y desgredados, descompuestos por el miedo, y que buscaban todavía donde esconderse, como si aún les persiguiese el fuego; niños ensangrentados, mujeres llenas de úlceras producidas por las quemaduras, con el pelo achicharrado, oprimiendo entre sus brazos sus hijos muertos ó cegados; hombres con el rostro ó los miembros mutilados, que se retorcían por tierra con los espasmos de la agonía; viejos sollozando como niños; señores reducidos á la miseria que se golpeaban la cabeza contra las paredes; jovencillas delirantes que iban á caer estenuadas á las orillas del Cuerno de Oro, familias que conducían cadáveres horriblemente ennegrecidos, desventurados seres recientemente enloquecidos por el estupor, prorum-

piendo en lamentables gritos ó en epilépticas risotadas.

Entretanto continuaban saliendo de los barrios bajos, de los arsenales de Ters-hané y de Top-hané, de los cuarteles, de las mezquitas, de los palacios del Sultan, ejércitos y más ejércitos corriendo como si fuesen á un asalto, y gritando: *Languen-var* y *Alá* por las colinas abajo entre las cenizas y las chispas, y bajo una granizada caliginosa de tizones; en suma, la desventura, la caridad y el delito confundidos por todas partes como mar tempestuoso, coloreado con los rojos reflejos del inmenso horno.

Y no lejos de aquel infierno, reía espléndida como siempre la majestad serena de Stambul y la belleza primaveral de la orilla asiática, reflejándose en el Mármara y en el Bósforo, cubierto de barcos inmóviles. Inmenso gentío oscureciendo las orillas, asistía mudo é impasible al horrendo espectáculo; los muezzin anunciaban con lentas cantinelas desde las azoteas de los alminares la puesta del sol; los pájaros revoloteaban alegremente alrededor de las mezquitas de las siete colinas y los viejos turcos sentados á la sombra de los plátanos por las verdes prominencias de Scutari murmuraban con voz pacata y temerosa:

—¡Ha sonado la última hora para la ciudad de los Sultanes!

—¡El día prescrito ha llegado!

—¡La sentencia de Alá se cumple!

—¡Así sea, así sea, así sea! ¡Amén, amén, amén!

El incendio por fortuna no continuó durante la noche.

A las siete de la tarde se incendiaba el palacio de la embajada inglesa y era el último fuego. Después, las llamas se iban apagando por sí mismas, careciendo del pábulo del viento que se había echado por completo, y sofocadas á la par por el trabajo de los bomberos.

En seis horas, dos terceras partes de Pera quedaron destruidas desde los cimientos: ¡nueve mil casas quemadas y dos mil personas muertas!

Desde el famoso incendio de 1756 que destruyó ochenta mil casas y echó por tierra dos tercios de Stambul reinando á la sazón Otman III, no se había verificado desastre análogo.

Y ningun incendio desde la toma de Constantinopla por los turcos en 1453 acá, nunca perecieron tantas personas.

*
**

Al siguiente día de la catástrofe, que bien pudiera apellidarse hecatombe horrorosa también, Pera presentaba un aspecto ménos espantoso pero no ménos triste que durante la furia del fuego.

Por donde había pasado el voraz elemento, no se distinguía sino un gran desierto cubierto de formas extrañas y calcinadas; nuevas perspectivas, luz nueva, vastísimos espacios esmaltados de cenizas, en medio de los cuales no quedaba en pie sino alguna que otra torrecilla de chimenea humeante como monumento fúnebre; barrios enteros deshechos como campamentos de beduinos arrancados por el huracán; calles y encrucijadas, de las cuales no permanecían sino negras huellas y humeantes residuos, entre los cuales erraban centenares de desventurados harapientos y súcios que pedían limosna en medio de un vaiven de soldados, de médicos, de monjas, de sacerdotes de todas las religiones y de empleados de todos los grados, encargados de distribuir pan y dinero, conduciendo largas filas de carros cargados de col-

chones y cobertores que cedía el Gobierno para la gente que había quedado sin casa ni hogar.

La administracion también dispuso se distribyeran entre los infelices por el pronto las tiendas del ejército, á fin de acomodar gran número de familias.

Las alturas de Tataola y el gran cementerio armenio estaban cubiertos como un campamento de variadas tiendas, por entre cuyas telas circulaba á manera de inmenso hormiguero, vil muchedumbre miserable y desconcertada. Por todas partes se veían escombros, sobre los cuales se asentaban familias estenuadas por el hambre y el dolor. En el vasto cementerio de Galata, esparcidos al acaso, hallábanse como en bazar revuelto, camas y útiles de cocina en medio de los senderos y por entre los sepulcros; aquí un piano, más allá un monton de libros, á esta otra parte carruajes rotos, atados á los árboles caballos heridos, más allá literas de embajadores, y jaulas de pájaros de los harenes, custodiadas por muchedumbre de siervos y esclavos sanos ó heridos y muriéndose de sueño y de cansancio.

Una miseria innumerable, inmunda, nunca vista, circulaba por calles y plazas buscando en los montones de escombros clavos y cerraduras que vender luego por hierro viejo; y en la operacion despertaban acá y allá infinidad de soldados que reposaban de la fatiga por el suelo. Veíase

por todas partes gente afanosa que levantaba baracas sobre las ruinas de las casas propias, y familias arrodilladas en el centro de ahumados muros de iglesias destechadas, orando delante de los calcinados altares. Grupos de hombres y mujeres recorrían la población con la cabeza baja, observando cara por cara todas las de los cadáveres carbonizados y deformes: y cuando se verificaba un reconocimiento, la desesperación movía la voz, el dolor, el llanto, y caían sobre los cadáveres como heridos del rayo. Interminables procesiones de ataúdes circulaban por todas partes, y un polvo denso, un aire caliente, un olor nauseabundo de carne humana tostada, una nube de chispas que de vez en cuando se levantaba sobre las ruinas, era lo que imperaba de parte á parte en la ciudad, llevando al ánimo la más profunda tristeza. Los picos de los escavadores no daban tregua, con objeto de satisfacer cuanto antes á los círculos que alrededor de cada manzana se formaban de gentes interesadas, ora para rescatar bienes perdidos, ora con la esperanza de hallar queridos seres á quienes dar religiosa sepultura.

Los Cónsules y Embajadores de extranjeros países en Constantinopla, vagaban por las calles, ya para acudir al socorro, ya para presenciar las tristes operaciones á que diera lugar el desastre.

Y á pesar de tan inmenso desastre, pronto la memoria lo olvidó, fenómeno harto frecuente en los pueblos orientales.

Cuatro años despues no ví ni rastros, si se exceptúa algun que otro monton de escombros en los barrios extremos de Pera, ante la altura de Tataola.

Del incendio se hablaba ya como de un acontecimiento muy lejano.

Por algun tiempo, mientras las cenizas estaban todavía calientes, pidieron los periódicos al Gobierno que proveyese á todas las necesidades presentes, y previera para casos análogos en el porvenir. Se solicitó la reorganizacion del cuerpo de bomberos, la adquisicion de nuevas bombas, el abastecimiento en mayor abundancia de las aguas, y por último, que regulase la construccion de las casas.

Pero el Gobierno hizo oídos de mercader á las instancias y reclamaciones de los europeos, y éstos pronto se aplacaron, continuando su vida á la

turca, es decir, confiando un poco en Dios y otro poco en la buena suerte.

*
* *

Así, pues, no habiendo cambiado nada ó habiéndose cambiado muy poco, se puede estar seguros que el incendio de 1870 no fué el último de los incendios que segun *está escrito*, han de desolar de tiempo en tiempo á la ciudad de los Sultanes.

Las casas de Pera son ahora casi todas, es cierto, de fábrica, pero construidas la mayor parte de mala manera por arquitectos sin estudios y sin experiencia, no vigilados por el Gobierno, y hasta fabricadas por el primero que llega, de tal modo, que se vienen abajo muchas antes de que se concluyan. Y aun las que permanecen de pié no ofrecen garantía alguna contra las llamas.

El agua, especialmente en Pera, siempre es escasa y sujeta á ún monopolio vergonzoso. Y como procede en gran parte de los depósitos de la aldea denominada Belgrado, construidos por los romanos, falta á cada instante, cuando las lluvias no fueron abundantes en primavera y otoño.

Así, pues, el que tiene dinero debe pagarla á peso de oro en ocasiones, mientras que los pobres beben en vez de agua, fango.

Los bomberos son, por lo general, gran cuadrilla de malhechores y no un cuerpo ordenado de obreros; banda compuesta de gente de todos los países, dependiente mejor en el nombre que de hecho del Serasquierato, del cual no reciben sino racion de pan á diario. Son inexpertos, indisciplinados, ladrones y detestados, y temidos por la poblacion tanto como el mismo fuego que no saben apagar. Recae sobre ellos, y no sin fundamento, la sospecha de que desean los incendios y quizá los promueven para gozar del botín.

Las bombas no escasean ciertamente, y los turcos están orgullosos de ellas, como si fueran máquinas maravillosas; mas en realidad, consisten en unos ridículos aparatos, capaces de contener hasta una docena de litros de agua, y que destilan un chorro sutilísimo, mas adecuado para regar jardines que para extinguir incendios.

Y no obstante, gran fortuna sería que, aun subsistiendo estos inconvenientes, cesaran otros mucho más graves.

No es creible, á la verdad, las sospechas que muchos alimentan en Constantinopla, y es, á saber, que el Gobierno suscita incendios con el fin de ensanchar las calles; porque el daño y el peligro resultarían superiores á las ventajas. Hoy,
CONSTANTINOPLA.—T. II. 8

felizmente, no ocurre lo que antes sucedía, y era que el *partido de oposicion* prendía fuego á un barrio de Constantinopla para asustar al Sultan, ni que el ejército incendie una barriada con objeto de conseguir un aumento de salario. Pero la sospecha de que los incendios son provocados muchas veces por aquellos que pueden obtener del fuego algunas ganancias, siempre se halla vivo en el pensamiento de muchos; y con efecto, los hechos se encargan de demostrar que no son infundadas las suposiciones.

La cuestion es que la poblacion vive en continúa ansiedad. Teme de los agnadores, de los mozos, de los arquitectos, de los comerciantes en maderas ú otros materiales de construccion; y sobre todo, teme y desconfía de los servidores, que son la peor ralea de Constantinopla, ligados, en su generalidad, con los ladrones, y éstos á su vez ordenados en sociedades, y en relaciones con otras asociaciones secretas de comerciantes ó agentes que compran los objetos hurtados facilitando el delito por varios métodos y sistemas.

La policia local muestra con toda esta canalla tal debilidad—por no llamarla indulgencia—que produce casi idénticos efectos que la complicidad misma.

Jamás se condenó á un incendiario.

Rara vez los ladrones son habidos y castigados despues de los incendios.

Y ménos veces aún los objetos secuestrados por la policia son restituidos á sus dueños.

Si á más de esto se tiene en cuenta que en Constantinopla se reune toda la gentuza de todos los países, bien pronto se puede comprender que la accion de la justicia se halla entorpecida de mil diferentes maneras por los tratados internacionales. Los Cónsules reclaman á los malhechores de la nacion que representan; los procesos duran un siglo; muchos de los delincuentes se escapan; el temor al castigo no sirve de freno á los criminales, y así el saqueo de los incendios lo consideran los bandidos como privilegio reconocido tácitamente por las autoridades, de la misma suerte que era cosa corriente para los ejércitos en otras épocas, entrar á saco en las ciudades conquistadas.

Por esto, la palabra *incendio* significa para la poblacion de Constantinopla, y es equivalente á esta frase: *todas las desventuras del mundo*.

Y así, el grito de *Ianguen var* resuena siempre en los oidos de los habitantes como clamor tremendo, solemne, fatal, á cuyo sonido la ciudad se conmueve hasta lo más profundo de su alma, como anuncio de un castigo de Dios...

¡Y quién sabe cuántas veces la gran metrópoli deberá todavía llenarse de cenizas y volverse á construir sobre ellas, antes que la civilizacion europea haya plantado su bandera sobre el palacio imperial de Dolma-Bagcé!

CAPILLA ALEONSIÑA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. N. L.

*
*
*

En tiempos pasados, cuando estallaba un incendio en la ciudad de Constantino, se le llevaba al Sultán el anuncio al momento, donde quiera que estuviese.

La portadora de la noticia era una odalisca vestida de encarnado de pies á cabeza, desde el turbante hasta las babuchas. Esta odalisca se presentaba al Señor en cualquier lugar en que se encontrase, aunque fuera en los brazos de su más querida favorita. La portadora no necesitaba sino presentarse en la puerta sin hablar palabra: el rojo color de su vestido indicaba al Sultán la muda noticia del desgraciado suceso y de los peligros posibles.

Y bien; ¿quién creería que entre las imágenes grandiosas y terribles que se atropellan en mi mente cuando medito sobre los incendios de Constantinopla, es la figura de aquella odalisca la que sacude con mayor fuerza todas mis fibras de artista?

Quisiera ser pintor para hacer aquel cuadro, y hasta que encuentre uno que se enamore del

asunto, suplicaré á todos los artistas que lo pinten; y al que lo haga, se lo agradeceré toda mi vida.

El cuadro debe representar una estancia del haren imperial, tapizada de raso é iluminada por suavísima luz. Selim I, el Sultán tremendo, hállase sobre amplio diván, recostado al lado de una rubia circasiana de quince años llena de perlas, y acaba de desprenderse impetuosamente de los brazos de su cadina, fijando los grandes ojos aterrorizados en la odalisca purpúrea, que muda, siniestra é impenetrable como una estatua, aparece en el dintel, y con rostro pálido, que revela á la par veneración y espanto, parece que quiere decir:— ¡Rey de los Reyes, Alá te llama, y tu desolado pueblo te espera!—y levantando la colgadura de la puerta, señala allá en el fondo que se divisa por entre los arcos de morisca azotea, en medio del azul del cielo, la enorme ciudad humeante.